



Misioneros sorprendentes

Tenía razón el refrán: *Hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece*. Es casi un lugar común criticar a los jóvenes de nuestro tiempo por su apatía, su carencia de idealismo, su horizonte miope. Nos chocan tanto las conductas “locas” de algunos de ellos que tendemos a generalizar.

Pero no resulta tan fácil descubrir la legión de jóvenes capaces de entrega, fascinados por un ideal, que vuelven operativa su fe. Esos jóvenes son más discretos, y su estilo de vida y acción no es espectacular.

Lo impresionante es que los hay en cantidad inimaginable.

Con el afán de poner de relieve a estos jóvenes enamorados de una vida sana y capaces de darse sin

medida, el Boletín Salesiano se propone en este número hacerlos hablar.

Se ha escogido un muestrario al azar y un tiempo de acción específico: la Semana santa pasada.

Algunos hablan en primera persona. Otras se hacen eco de su grupo misionero. Todos cuentan con entusiasmo y a veces con sabrosa ingenuidad su experiencia como misioneros en ese tiempo fuerte de vida cristiana.

Sacrificaron sus vacaciones, fueron a donde los enviaron, normalmente a lugares difíciles, se prepararon con seriedad, trabajaron hasta el cansancio. Ninguno regresó defraudado. Todos quieren continuar con la experiencia el próximo año.

Hay de todo. Desde salesianos jóvenes hasta laicos con trayectoria espiritual y novatos temerosos. El temor se disipó al primer contacto con la gente.

Es hermoso comprobar el común denominador salesiano de todas las narraciones: la dedicación especial a los niños y a los jóvenes del lugar.

Juan Pablo II y el Rector Mayor nos hablan de la necesidad de retar a los jóvenes y proponerles metas altas. Estos relatos recogidos como muestra de una realidad mucho mayor dan a entender que es cierto: los jóvenes son susceptibles de mirar alto.

Heriberto Herrera